

EN TEORÍA

Sobre hadas y brujas

Mixtificaciones antiguas y modernas

por Antonio Rodríguez Almodóvar *



JOHN BAVER. CUENTOS SUECOS. ANAYA, 1986.

Hadas y brujas nutren la más remota cuentística popular y están en la raíz misma de una mitología que a lo largo de la historia ha configurado el imaginario colectivo de los pueblos.

Personajes por excelencia de la literatura infantil, cualquiera, empezando por los propios niños, se atrevería con una definición de hadas y brujas. Sin embargo, y según el autor de este artículo, ahondar en sus orígenes y en su significado no es tan sencillo como parece a simple vista.



JOHN BAVER. CUENTOS SUECOS. ANAYA, 1986.

Pocos asuntos habrá tan inciertos en mitología como este de las hadas y las brujas. Lo curioso es que, a primera vista, podría parecer lo contrario; incluso de una claridad insultante: hada, mediadora buena, joven y guapa casi siempre. Bruja, mediadora maléfica, vieja y fea, por lo general. Ambas tendrían un origen remotísimo en la cultura popular, acaso prehistórico —ahí es nada—.

A poco que se raspe, un paradigma tan simple, y tan sospechosamente maniqueo, empezará a tambaleáronos, y al segundo envite se nos vendrá al suelo de manera estrepitosa. Tantas incógnitas se acumulan de inmediato, y tan divergentes hipótesis que, como dice Caro Baroja en materias brujeriles, «corre uno gran peligro de perderse en la selva de pareceres contrarios».⁽¹⁾ A nosotros nos toca ocuparnos, además, de las inefables hadas.⁽²⁾

Aires nuevos para las viejas hadas y brujas

Cierto que, allá por los años sesen-

ta y setenta, una saludable oleada de desmitificación (seguida por otra no tan salutífera de nuevas deificaciones) vino a conmover los nobles pilares de una mal llamada «cultura popular infantil». Diremos de paso que ésta no es otra cosa que la extensión y consolidación, por vía escolar sobre todo, de los estereotipos fabricados por la cultura europea pequeño-burguesa (Perrault, Grimm, Andersen, Fernán Caballero, etc.) a expensas de los antiguos mitos, ritos y creencias, pertenecientes a la auténtica cultura popular, es decir, la cultura campesina de los pueblos indoeuropeos. Un abismo suele separar a este rico patrimonio, de tradición oral básicamente, de las mixtificaciones, adaptaciones y recreaciones que sobre él han ido elaborando las estrechas conciencias del nacionalismo y del cristianismo acomodado, principalmente.

Pues bien, tras aquella oleada de descrédito en que se vieron envueltas hadas y brujas (no me parece casualidad por la misma época en que se desarrollan las libertades en el Occidente europeo) se nos vuelven a aparecer hoy, pero ya como personajes

equivocos, plenos de ambigüedad, y acompañados de otros idolillos proteicos, cuya función no siempre coincide con su apariencia. Los libros infantiles se pueblan de pronto de brujas guapas, monstruos generosos, hechiceras benignas y un sinfín de personajes diminutos que pululan en atroz mescolanza por páginas impresas y vídeos de televisión.

Ya sé que en el fondo subsiste un marcado esquematismo de «eterna guerra del bien contra el mal», pero el propósito moralizante se ha ido diluyendo hasta quedar en mero pretexto. Desde luego a los niños lo que les va es el puro activismo de la historia, la originalidad de los percances y los papirotazos que se propinan unos a otros. La euforia del relato lo consume todo. Al menos en apariencia. Otra cosa son las implicaciones simbólicas, y el acarreo de sentidos ocultos. Pero esto es harina de otro costal.

Lo interesante de esta moderna tipología es que se halla más cercana a las antiguas representaciones de la cultura campesina que a los estereotipos del XIX. No parece sino que, al sacudirnos de la mente las estrechuras del ayer, hayan aflorado de repente las concepciones más arcaicas y, tras ellas, los antiguos dioses rústicos, que estuvieran sólo aletargados en los estratos profundos del inconsciente colectivo. De este modo se puede explicar el éxito extraordinario de historias basadas en los más puros cánones del cuento maravilloso (Michael Ende, Tolkien) y la proliferación de duendecillos intermedios (Trolls, Elfos, Goblins), tras ser desempolvados de los tratados de mitología. Suelen ser estos personajes los equivalentes célticos y eslavos de los pequeños dioses familiares (númenes, lares, manes y penates) de la cultura latinomediterránea. Todas, desde luego, pertenecientes al tronco más común indoeuropeo, que es lo que aquí importa. Aún se me permitirá añadir la buena acogida que tienen entre el público actual las ediciones de cuentos populares,

cuando ya apenas quedan narradores orales, como un aspecto más de este imprevisto retorno al pensamiento mágico.

La verdadera tarea del investigador —y su tormento teseico— consiste en establecer las posibles correspondencias entre lo nuevo y lo viejo, y más aún, las explicaciones a esas profundas necesidades del psiquismo contemporáneo, ciertamente aturdido por el marasmo de dioses antiguos y modernos, y toda vez que ya parece irremediable el destronamiento de la diosa razón. No es mucho lo que hoy podemos avanzar en este terreno. Pero, como hipótesis general, sírvanos la idea de que brujas y hadas son representaciones tardías y simplificadas de un gran número de seres intermedios que las culturas rurales europeas tuvieron como figuras cotidianas hasta las puertas de la Edad Media, y en convivencia imaginaria con curanderos, celestinas y «sabias» de pueblo.

Al decir *seres intermedios* aludimos a una multivocidad de sentidos, aunque todos con algo en común: la hibridez, la versatilidad y la ambigüedad misma, derivadas de un hecho fundamental: no se sabe si son mortales o inmortales; o son esto último, pero con excepciones; no está claro si son antepasados deificados, o están tan cerca de la familia que forman parte de ella, aún cuando no se les vea. Unos cuidan de la comida, de la bebida, de los niños, de las aguas, de los graneros. Otros, en cambio, son irritables y pueden acarrear desgracias. Pero sobre todo ocurre que unos mismos pueden ser unas veces benefactores y otras comportarse como genios malos. (La expresión española «tener mal genio» procede todavía de la creencia en pequeñas divinidades infernales de la religión romana.) Ya en Roma, estos dioscellos acabarían disputándose el alma de sus protegidos, con lo que el paso siguiente a la cristianización resulta bastante fácil.

Surgirán entonces las ánimas del purgatorio y el ángel de la guarda



JOHN BAVER. CUENTOS SUECOS. ANAYA, 1986.

como verdaderas reminiscencias de aquellos intermediarios. (No en balde han decaído tanto en el ritual católico moderno, que pretende desembarazarse de tales adherencias.)

La relativa modernidad de brujas y hadas se debe, por tanto, a lo reciente de este proceso de «reconversión», que se transparenta en la dificultad misma para rastrear en los términos más allá del siglo XIII, en cuanto a «bruja», y en la maraña de posibilidades etimológicas respecto de «hada», si bien parecen desembocar todas bajo la voz latina *FATA FATUM*, 'destino'.⁽³⁾ Para Noël son éstas últimas «divinidades modernas que han sucedido a las ninfas antiguas y principalmente a las llamadas *fanes*».⁽⁴⁾

No todos opinarán de la misma manera, ni de su parentesco con Moiras y Parcas; por contra, nos toparemos con fervientes defensores de un origen céltico, tanto para hadas como para brujas.

Cuestión de identidad

No nos importan a nosotros estas cuestiones del origen (y menos las geográficas) ni descifrar cuál parece el más seguro, aunque no podemos situarlo anterior a los siglos XI-XIII, cuando se produce la verdadera especialización, sin duda bajo el influjo de las doctrinas dualistas cártas, antecesoras del maniqueísmo que asoló la cultura de los siglos oscuros. La de-

monología medieval puso lo que faltaba, y la Santa Inquisición lo que sobraba.⁽⁵⁾

El único hilo con el que salir del laberinto debe ser para nosotros, como en otras ocasiones, el de los cuentos populares. ¿Qué encontramos en las más fidedignas versiones orales, en lo tocante a brujas y hadas? Sorprendentemente, nada o casi nada. Me explico. Los mediadores en la narrativa popular son invariablemente «viejecillos», viejas, «agüelillas» y otros términos por el estilo, que sugieren más la figura del antepasado protector, situado en esa difícil frontera a la que antes nos referíamos, que a personajes sobrenaturales, semidivinos o semidemoniacos, como son hadas y brujas. Tan cerca están de las más antiguas concepciones que una misma viejecilla puede comportarse beneficiando y perjudicando, según tenga que favorecer o castigar a unos y a otros. Incluso puede ocurrir la aparente aberración de que una madre desaconseje a su hija tirar por «la calle de la Amargura» porque «te puedes encontrar a la Virgen Pura».⁽⁶⁾ Se trata aquí de un cuento tardío e imperfectamente cristianizado, como tantos otros.

Lo esencial en nuestra investigación es que la palabra «hada» nunca aparece en las versiones garantizadas de cuentos populares; y en cuanto a la palabra «bruja», sólo en unos pocos casos, y todos son en realidad leyendas de ejemplificación cristiana.⁽⁷⁾ Podremos encontrarnos con «hechiceras», «duendes», «gigantes» y otros seres de menor rango, evidentes prolongaciones de aquellos otros dioses rústicos intermedios. En definitiva, a través de los cuentos populares nos ratificamos tanto en la modernidad aburguesada como en la excesiva simplificación de nuestras pobres hadas y brujas, que por no ser, no son ni siquiera lo que parecen. ■

* Antonio Rodríguez Almodóvar, es doctor en filología, catedrático de instituto y escritor.

Notas

1. *Las brujas y su mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, pág. 298.
2. Toda ella es una cuestión evidentemente más compleja de lo que puede abordarse en un artículo de estas características. Nos prometemos desarrollarlo más adelante.
3. Algunas ramificaciones etimológicas conducen a sugerencias dignas de ser tenidas en cuenta. La principal de las ninfas *fanies*, —también llamada *fatuae*— es *Fanae*, verdadera diosa menor, que recibía culto «fanático» en lugares sagrados, denominados *fanum*. A ella se le consultaba sobre lo venidero, que constituía el principal objeto de culto de los *faunos* (recordemos que éstos suelen representarse con atributos de cabra, los cuernos sobre todo, al igual que el dios Baco, especialmente en las representaciones populares, como la del mosaico emeritense firmado por Annius Bonius, siglo IV d.C.). Pero *Fanae* es también el sobrenombre de Apolo, y, en la poesía onírica, de Amor. Sabido es que Orfeo, tras la muerte de Eurídice, quedó insensible para el amor y menospreció a las *Bacantes*, aquellas vírgenes dionisiacas, báquicas que, en venganza, mataron a Orfeo y dispersaron sus miembros. Lo paradójico es que las Bacantes eran jóvenes consagradas a la virginidad, que defendían ardientemente con danzas y ritos de carácter misterioso. Es decir, por donde quiera que tomemos la etimología de *hada*, nos hallaremos con grupos femeninos, semidiosas o vírgenes consagradas, que producen o reciben cultos misteriosos relacionados con el destino y la virginidad, pero curiosamente limítrofes con otros rituales y semidioses masculinos consagrados al amor, en forma violenta. La proximidad semántica en esas oscuras y activas religiones populares del mundo antiguo,



FROND-LEE. HADAS. MONTENA, 1983.

entre personajes y cultos aparentemente dispares, abonan nuestra tesis de la esencial ambigüedad y polivalencia de los seres mitológicos intermedios, antecedentes de nuestras hadas y brujas. Por lo demás, resulta inevitable asociar aquellos rituales tan intensos y promiscuos con los aquelarres de brujas y supuestos congresos de hadas posteriores.

4. J.F.M. Noël, *Diccionario de mitología universal*, Facsímil, Edicomunicación, Barcelona, 1987.

5. Merecerá la pena recordar que la Inquisición española, contra lo que se suele creer, prestó muy poca atención al asunto de las brujerías, sobre la que era más bien escéptica. Apenas llegó a producir una veintena de sentencias de muerte por este motivo, frente a las más de 60 000 acreditadas en otros países europeos —principalmente Inglaterra, Francia, Escocia, Escandinavia y Franco Condado— sólo en la primera mitad del siglo XVI.

6. Literalmente dice el cuento: «No vayas por la calle de la Amargura, que te encontrarás a la Virgen Pura. Y si la encuentras y te pide de comer, dile que se vaya a ganarlo como tu padre y tu madre», Aurelio M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, CSIC, Madrid, 1946, pág. 367.

7. En la misma obra citada de Aurelio M. Espinosa sólo aparecen dos pequeños relatos de esta índole, entre 280 cuentos recogidos, los números 161 y 162. Se ha debido esperar a la publicación completa de los cuentos recogidos por el hijo de este investigador, Aurelio M. Espinosa (hijo), para disponer de un repertorio más abundante, treinta cuentos agrupados bajo ese concepto, «cuentos de brujas», más uno más fuera de sitio, el núm. 76. En todos ellos se ratifica la condición de leyenda local, de divertido sabor eroticorreligioso. En unos se cuenta cómo fulano o mengano se topó un día inadvertidamente con un grupo de mujeres danzantes alrededor de un personaje masculino, hechicero o similar —muy poco descrito, aunque en ningún caso con atributos de cabra, ni de demonio—, o bien femenino, al que se considera «jefe» de la reunión, y al que las demás besan el culo. En varios casos se le llama «perro verijudo» (de «verija», zona de las partes genitales). Hay brujas viejas y jóvenes, éstas muy guapas, con lo que se vuelve a ratificar nuestra tesis de la ambigüedad esencial. Otra porción de estos cuentos narran los presuntos viajes aéreos de las brujas, por efecto de ungüentos voladores (las conocidas pomadas estupefacientes), y un último grupo las transformaciones de brujas en animales domésticos, gatos y perros sobre todo. Éstas estropean las cosechas y hacen daño en las casas, como los antiguos genios de las familias. Véase *Cuentos populares de Castilla y León* (dos tomos), CSIC, Madrid, 1987-88. Menos interesantes son los de la colección «El sacerdocio del diablo», de Constantino Cabal (Madrid 1928), por ser recreación literaria de cuentos de brujos y brujas, conjuros y supersticiones de todas clases.